

LA CREACIÓN INTELECTUAL UNIVERSITARIA DESDE UNA MIRADA TRANSCOMPLEJA AL RECONOCIMIENTO Y LA PARTICIPACIÓN

María Elena Becerra Vázquez¹

RESUMEN

Este artículo analiza la creación intelectual en el ámbito universitario como una forma de resistencia ante los sistemas de poder que afectan el desarrollo científico y tecnológico en América Latina, centrándose en las instituciones de educación superior. Desde la transcomplejidad, se propone que el reconocimiento y la participación sean entendidos como ideas interrelacionadas, dado que se conectan mutuamente, favoreciendo de esta manera la democratización del conocimiento y la autonomía en el ámbito educativo.

El estudio se aborda desde la investigación documental reflexiva basada en fuentes teóricas y trabajos previos que tratan temas relacionados con la participación y el reconocimiento en la enseñanza, así como también se hace uso de enfoques foucaultianos referentes a las relaciones de poder en el contexto universitario. La perspectiva transcompleja, respaldada por autores como Morin (1990), Nicolescu (2002) y Meza (2014), ofrece una visión que integra los elementos sociales, culturales, epistemológicos y tecnológicos para analizar cómo se genera el conocimiento.

La innovación que presenta el ensayo se basa en el argumento que la generación de conocimiento en el ámbito universitario, entendida a

¹ Universidad Nacional Experimental “Simón Rodríguez”. Línea de Investigación de Desarrollo Regional, LIDER. Valera-Venezuela. <https://orcid.org/0000-0002-6513-5462>. maebeva@gmail.com.

través del reconocimiento y la participación, se configura como una práctica liberadora que desafía las estructuras jerárquicas y facilita el acceso a la democratización del conocimiento. Se llega a la conclusión de que la universidad, al vincular ciencia, tecnología y sociedad desde una perspectiva transcompleja, tiene la capacidad de convertirse en un ámbito para la transformación y la emancipación social.

Palabras clave: Creación intelectual, transcomplejidad, reconocimiento, participación, resistencia académica

UNIVERSITY INTELLECTUAL CREATION FROM A TRANSCOMPLEX PERSPECTIVE ON RECOGNITION AND PARTICIPATION

ABSTRACT

This article analyzes intellectual creation in the university setting as a form of resistance against power systems that affect scientific and technological development in Latin America, focusing on higher education institutions. From a transcomplexity perspective, it proposes that recognition and participation be understood as interrelated ideas, given their mutual connection, thus fostering the democratization of knowledge and autonomy in the educational sphere.

The study employs a reflective documentary approach, based on theoretical sources and previous works that address participation and recognition in teaching, as well as Foucauldian approaches to power relations in the university context. The transcomplex perspective, supported by authors such as Morin (1990), Nicolescu (2002), and Meza (2014), offers a vision that integrates social, cultural, epistemological, and technological elements to analyze how knowledge is generated.

The innovation presented in this essay is based on the argument that knowledge generation within the university setting, understood through recognition and participation, constitutes a liberating practice that challenges hierarchical structures and facilitates access to the democratization of knowledge. It concludes that the university, by linking science,

technology, and society from a transcomplex perspective, has the capacity to become an arena of transformation and dedication to social emancipation.

Keywords: Intellectual creation, transcomplexity, recognition, participation, academic resistance

Introducción

El propósito de este artículo es analizar la producción intelectual en el contexto universitario como una manifestación de resistencia dentro del ámbito académico, resaltando su potencial emancipador cuando se aborda desde la inclusión y el reconocimiento. Se revisan los hallazgos de estudios anteriores relacionados con las redes de poder y el reconocimiento de educadores, incorporándolos dentro de un enfoque transcomplejo que tiene como objetivo ofrecer una perspectiva holística y multidimensional. De esta manera, se propone un ensayo novedoso: la creación intelectual universitaria, articulada desde el reconocimiento y la participación, constituye una práctica crítica que fortalece la autonomía académica y proyecta a la universidad como institución transformadora y comprometida con la sociedad.

La creación intelectual en el contexto universitario emerge como un factor fundamental para analizar las dinámicas de poder, la legitimidad y la resistencia que influyen en la creación de ciencia y tecnología en la actualidad. En América Latina, la universidad ha sido tradicionalmente un entorno marcado por la tensión entre la perpetuación de jerarquías y el anhelo de liberación social. Foucault (1979) indica que el saber está intrínsecamente relacionado con mecanismos de poder, lo que sugiere que la creación intelectual no es objetiva, sino que está influenciada por contextos históricos y sociales que afectan su aceptación.

Bajo esta premisa, la creación intelectual no debe entenderse simplemente como un producto métrico de productividad académica, sino como un ejercicio de libertad que permite al sujeto investigador encontrarse con su realidad. En este sentido, la universidad se convierte en un “terreno en disputa” donde el pensamiento crítico actúa como un anticuerpo frente a la estandarización del conocimiento. Siguiendo a Freire (1970), la educación no puede ser neutral; o se utiliza para facilitar la integración

de las generaciones en la lógica del sistema actual, o se convierte en la “práctica de la libertad”, mediante la cual hombres y mujeres participan críticamente en la transformación de su mundo.

En este ámbito, el reconocimiento y la participación se presentan como elementos esenciales para la democratización del conocimiento. Honneth (1997), el reconocimiento es vital para el desarrollo de identidades y la unidad social; Fals Borda (1985) argumenta que la participación en comunidades es esencial para la creación de saberes colectivos que fomentan la liberación. En el entorno universitario, estas dos nociones se interconectan en el proceso creativo, actuando como prácticas que refuerzan la autonomía académica y fomentan la resistencia frente a estructuras de poder jerárquicas.

La transcomplejidad, entendida como un enfoque que incluye múltiples dimensiones sociales, culturales, epistémicas y tecnológicas, ofrece un nuevo marco teórico para analizar la producción de conocimiento en el ámbito universitario. Meza (2014) señala que la transcomplejidad va más allá de simplemente detallar la complejidad de los sistemas; sugiere establecer un intercambio entre distintas disciplinas y prácticas, algo que es crucial para concebir a la universidad como un ámbito de cambio social. De este modo, la producción intelectual en el entorno universitario, interpretada desde una perspectiva transcompleja, se transforma en una práctica crítica que cuestiona la división del conocimiento y facilita rutas hacia la democratización del saber.

Fundamentación teórica

La creación intelectual y las estructuras de poder en la universidad

La universidad, en su rol como entidad dedicada a la ciencia y la tecnología, debe ser vista no solo como un lugar para la enseñanza de conocimientos, sino también como un contexto influenciado por dinámicas de poder, legitimación y oposición. Según Foucault (1979), el saber está constantemente relacionado con estructuras de poder, lo que sugiere que la creación intelectual no es imparcial, sino que se relaciona con dinámicas sociales e históricas.

En este contexto, la producción de conocimiento en la universidad se transforma en un ámbito de confrontación donde intercambian conocimientos, concepciones, puntos de vista. Según Habermas (1987), la ra-

cionalidad comunicativa dentro de los entornos académicos permite la creación de consensos, pero también pone de manifiesto las tensiones que existen entre los intereses de las instituciones y la liberación del conocimiento.

La educación universitaria en América Latina, especialmente en Venezuela, enfrenta la difícil tarea de facilitar el acceso a la generación de conocimientos científicos y tecnológicos dentro de un contexto marcado por desigualdades sociales y deficiencias estructurales. Según De Sousa Santos (2009), es fundamental repensar la universidad como un espacio de “epistemologías del sur”, en el que la generación de saberes esté vinculada a acciones de oposición contra la hegemonía del saber eurocéntrico.

Bajo esta perspectiva, el desafío de las universidades latinoamericanas radica en superar la “ceguera epistémica” que prioriza lo ajeno sobre lo propio. Al proponer una mirada transcompleja, estamos abriendo la puerta a una ecología de saberes donde el conocimiento científico no anula el saber popular, sino que dialoga con él para resolver problemas locales sentidos. Como sugiere Skliar (2017), citado por Nosei (2017), educar y crear es, ante todo, “dar lugar al otro”, permitiendo que las voces tradicionalmente silenciadas por las estructuras de poder institucional tengan un espacio de validación y resonancia. Así, la racionalidad comunicativa de Habermas se humaniza al reconocer que tras cada teoría hay una historia de vida y una comunidad que busca ser escuchada.

De este modo, la producción de conocimiento no se restringe a cumplir con requerimientos educativos, sino que se transforma en una acción crítica que confronta las jerarquías de poder y fomenta dinámicas de liberación. Según lo expone Morin (1990), la naturaleza compleja del conocimiento implica aceptar la interrelación entre diferentes saberes y sus contextos, lo que se profundiza en la óptica transcompleja al incorporar aspectos sociales, culturales y tecnológicos en la consideración de la universidad.

A lo largo de su historia, la educación superior en América Latina ha mostrado un rasgo polémico, en el que se entrelazan las jerarquías de poder y el deseo de alcanzar la libertad social. En el ámbito venezolano, las universidades se erigen como un lugar en el que estas tensiones se evidencian claramente tanto en la creación del conocimiento como en las relaciones pedagógicas. Para Foucault (1979), el saber está íntimamente relacionado con las dinámicas de poder. Esto conlleva que la generación de conocimiento no ocurre de manera objetiva, sino que se manifiesta como una acción que está íntimamente entrelazada con una compleja red de procesos de validación y oposición.

Casos ocurridos como la Reforma Universitaria de Córdoba en 1918 evidencian cómo la creación intelectual puede impulsar cambios sociales. De acuerdo con Tünnermann (2008), este movimiento representó un momento clave en el proceso de democratización de las universidades en América Latina, promoviendo la autonomía, la implicación de los estudiantes y su relación con la sociedad. Estas experiencias nos ayudan a entender que la actividad intelectual, más que solo la generación de conocimiento académico, actúa como un acto político que cuestiona las jerarquías de poder y genera oportunidades para la emancipación.

Reconocimiento y participación como dimensiones críticas

La comprensión de la creación intelectual en el ámbito universitario se basa en el reconocimiento y la participación, que son dos componentes clave. Esto implica que el reconocimiento en el ámbito académico no se limita únicamente a la valoración formal de la producción científica, sino que también incluye la validación simbólica de aquellos que generan conocimiento. De acuerdo con Honneth (1997), el reconocimiento es fundamental para el desarrollo de identidades y la cohesión social. En el contexto universitario, esto implica que es esencial apreciar la labor tanto de la enseñanza como de la investigación como una actividad que promueve el cambio.

La participación se relaciona con la habilidad que poseen los miembros de la universidad para que los procesos de creación y divulgación del conocimiento sean compartidos, analizados y discutidos por la comunidad. Desde el punto de vista de Fals Borda (1985), el tipo de participación que promueve la convivencia es clave para lograr una democratización en la investigación y para impulsar saberes colectivos, poniendo en cuestión la jerarquía tradicional de la academia. De allí que el reconocimiento no es un trofeo burocrático, sino la confirmación intersubjetiva de que el aporte de cada docente y estudiante es valioso para la construcción de la verdad colectiva. Cuando un investigador se siente reconocido, su participación deja de ser una obligación administrativa para convertirse en un compromiso existencial con su entorno.

Por lo tanto, lo expresado anteriormente visto desde la Investigación Acción Participativa, indica que el facilitador debe sentipensar; es decir, combinar la cabeza con el corazón para generar conocimientos que no solo informen, sino que transformen y sanen el tejido social. Así, la creación intelectual se transforma en un ámbito en el que la participación activa

de profesores refuerza la autonomía universitaria y crea oportunidades de resistencia frente a sistemas jerárquicos.

La relación existente entre el reconocimiento y la participación permite entender la universidad como un espacio transcomplejo, donde se entrelazan las dimensiones sociales, culturales y tecnológicas en el proceso de creación de conocimiento. De acuerdo a Morin (1999), el conocimiento no debería considerarse como elemento aislado, sino que es crucial entenderlo en su totalidad y en su habilidad para integrar diferentes puntos de vista. Esto es, el reconocimiento y la participación no funcionan de forma independiente; por el contrario, son aspectos esenciales que, al relacionarse mutuamente, impulsan la generación de ideas como una actividad de liberación.

De esta manera, el texto expone que en la universidad no solo se avalan la creación científica y tecnológica, sino que también representan formas de resistencia dentro del ámbito académico. Al ser entendidos desde la perspectiva de la transcomplejidad, estos dos conceptos destacan la relevancia de fusionar lo personal y lo grupal, lo simbólico y lo tangible, así como lo académico y lo social, en el desarrollo de una universidad que se compromete con la democratización del saber.

En Venezuela, las iniciativas de extensión universitaria y los proyectos en comunidades han evidenciado cómo la participación activa de profesores puede cambiar la interacción entre la universidad y el entorno social. Briceño (2003) sostiene que la participación en proyectos de salud comunitaria relacionados con universidades en Venezuela facilitó la fusión de conocimientos científicos y populares, dando lugar a prácticas que fomentan la emancipación. Estos casos demuestran que la producción intelectual, al ser combinada con reconocimiento y participación, se transforma en un acto significativo que refuerza la democratización del saber.

La transcomplejidad como enfoque integrador y emancipador

La transcomplejidad se manifiesta como un nuevo paradigma que intenta ir más allá de las restricciones de una percepción fragmentada del conocimiento. A diferencia de lo que se considera la complejidad, que Morin (1990) define como la identificación de las relaciones entre fenómenos, la transcomplejidad se centra en la unificación de diversas dimensiones epistemológicas, sociales, culturales y tecnológicas dentro de un único enfoque analítico. Dentro del ámbito académico, este enfoque ayuda a entender la

producción de conocimiento como un proceso que tiene diversas dimensiones, uniendo distintas disciplinas y brindando la posibilidad de cuestionar las estructuras de poder existentes.

Es decir que, la transcomplejidad va más allá de simplemente definir la complejidad de los sistemas; sugiere establecer un intercambio entre diferentes disciplinas, culturas y prácticas, lo que es esencial para concebir a la universidad como un ámbito de cambio social (Meza, 2014). En este sentido, la transcomplejidad nos invita a derribar los muros invisibles entre las facultades y departamentos. No podemos seguir estudiando la realidad en pedazos cuando los problemas sociales como la salud, el ambiente o la tecnología son indivisibles. Este enfoque propone una “re-ligancia” del saber (Morin, 1999), donde la tecnología no sea vista como una herramienta fría, sino como un puente para la inclusión social y la soberanía del conocimiento en nuestros pueblos. Al integrar lo social y lo tecnológico, la universidad transcompleja se aleja de la frialdad del dato para acercarse al calor de la experiencia humana compartida.

En este ambiente, la creación intelectual en el entorno universitario se convierte en un escenario favorable para la transcomplejidad, al integrar la generación de conocimiento científico con la participación comunitaria y la validación académica. La resistencia en el ámbito académico, interpretada a través de la transcomplejidad, no solo se centra en desafiar las jerarquías establecidas; también implica la creación de opciones que promuevan la democratización del saber.

Igualmente, y siguiendo lo señalado por Nicolescu en 2002, el conocimiento transdisciplinario, que sustenta la transcomplejidad, permite la fusión de conocimientos científicos, humanísticos y sociales dentro de un mismo contexto emancipador. De este modo, el acto de crear intelectualmente se transforma en una práctica crítica que cuestiona la dominación de un conocimiento fragmentado y alienta a que la universidad asuma un papel activo en la sociedad.

En el ámbito venezolano, el concepto de transcomplejidad proporciona un marco teórico para analizar de qué manera las instituciones universitarias pueden abordar las solicitudes de la sociedad a través de la combinación de ciencia, tecnología y participación. Al abordar la creación de conocimiento como una actividad transcompleja, se convierte en una forma de resistencia que no solo desafía las actuales estructuras de poder, sino que además propone alternativas para el reconocimiento y la legitimidad dentro del ámbito académico.

La resistencia en los espacios educativos, al ser estudiada desde la transcomplejidad, incluye no solamente el desafío a las jerarquías establecidas, sino también la creación de propuestas que impulsen una democratización del saber. De acuerdo con Morin (1999), es esencial entender el saber en su complejidad y en su capacidad para integrar diferentes puntos de vista. Este concepto se enriquece en el marco de la transcomplejidad al aceptar la interrelación entre los aspectos sociales, culturales y tecnológicos.

Casos acaecidos en América Latina, como en la Universidad de la Tierra en México, evidencian de qué manera la transcomplejidad se manifiesta en métodos educativos que cohesionan conocimientos indígenas, científicos y comunitarios. Según Esteva (2013), tales experiencias señalan que la generación de conocimiento puede ser vista como un acto de resistencia y liberación, ya que retan las estructuras de poder y abren posibilidades hacia una democratización del saber.

Reflexiones finales

La creación intelectual en el ámbito universitario, entendida a través del reconocimiento y la participación, se manifiesta como una práctica crítica que desafía las estructuras de poder que han influido en la creación de conocimientos científicos y tecnológicos a lo largo de la historia. Este texto intenta evidenciar que la universidad no se limita a ser un espacio dedicado únicamente a la enseñanza; representa un entorno donde conviven diferentes formas de legitimidad, se construyen identidades y se ofrecen alternativas que fomentan la emancipación.

El enfoque transcomplejo facilita la comprensión de esta dinámica en su totalidad, al combinar aspectos sociales, culturales, epistemológicos y tecnológicos. Según lo indica Meza (2014), la transcomplejidad establece la oportunidad de unir diferentes tipos de saberes en un único marco, lo que es crucial para concebir la universidad como una entidad que genera transformación. Esta transformación no es solo estructural, sino profundamente ética. Implica que el intelectual universitario debe asumir un compromiso con la verdad que nace desde la periferia, reconociendo que su labor tiene un impacto directo en la dignidad humana. Como sugiere Skliar (2017), citado por Nosei (2017), la educación y la creación son actos de hospitalidad hacia el otro; es abrir un espacio donde la diversidad de pensamientos sea la base para una justicia social real. Así, la universidad deja de ser una torre de marfil para convertirse en un puente de entendimiento

y acción social. Por lo tanto, la creación intelectual se transforma en una actividad que libera y desafía la división del conocimiento, promoviendo la democratización del saber.

Del mismo modo, el reconocimiento y la participación se establecen como aspectos esenciales de esta resistencia en el ámbito académico. Honneth (1997) destaca la importancia del reconocimiento como un elemento clave para la inclusión en la sociedad, mientras que Fals Borda (1985) subraya la necesidad de participar de manera armoniosa en el desarrollo de conocimientos colectivos. Al abordarse desde la perspectiva de la transcomplejidad, estas dos ideas se vuelven críticas, fortaleciéndose la autonomía en las instituciones universitarias y ofreciendo caminos hacia una sociedad más justa y democrática.

Finalmente, se establece que la producción intelectual en las universidades, al ser entendida como una práctica transcompleja, no solo desafía las estructuras de poder jerárquicas, sino que también sugiere alternativas para la legitimidad y la resistencia. Presentándose como un entorno propicio para la transformación social, capaz de amalgamar la ciencia, la tecnología y la participación en la creación de un conocimiento que busque la emancipación y el compromiso con la sociedad. En última instancia, la creación intelectual bajo el prisma de la transcomplejidad se erige como una herramienta de soberanía cognitiva. No se trata solo de resistir, sino de existir y re-existir a través de un saber propio que no dependa de moldes externos. Al fomentar la religancia entre lo que sentimos, pensamos y hacemos (Morin, 1999), la universidad garantiza que la ciencia y la tecnología del mañana sean herramientas de liberación y no de opresión, asegurando un futuro donde el conocimiento sea verdaderamente un bien común al servicio de la vida.

Referencias

- Briceño-León, Roberto (2003). Las ciencias sociales y la salud: un diverso y mutante campo teórico. *Ciência & Saúde Coletiva*, 8, 33-45. <https://www.scielo.org/pdf/csc/2003.v8n1/33-45/es>
- De Sousa Santos, Boaventura (2009). *Una epistemología del sur*. Siglo XXI Editores. [https://books.google.co.ve/books?hl=es&lr=&id=NUkI0AId42sC&oi=fnd&pg=PA7&dq=De+Sousa+Santos,+B.+\(2009\)](https://books.google.co.ve/books?hl=es&lr=&id=NUkI0AId42sC&oi=fnd&pg=PA7&dq=De+Sousa+Santos,+B.+(2009)).

- Esteve, Gustavo (2013). La insurrección en curso. En Raúl Ornelas (coord.), Armando Bartra, Ana Esther Ceceña, Gustavo Esteve, John Holloway. *Crisis civilizatoria y superación del capitalismo*. UNAM, Instituto de Investigaciones Económicas, pp.129-216.
- Fals-Borda, Orlando (1985). *Conocimiento y poder popular*. Siglo XXI-Punta de Lanza-. Bogotá. <https://centrodocumentacion.psicosocial.net/wp-content/uploads/2001/01/fals-borda-conocimiento-y-poder-popular.pdf>
- Foucault, Michel (1979). *Microfísica del poder*. Edición y traducción de Julia Varela y Fernando Álvarez. Segunda Edición. <https://www.pensamientopenal.com.ar/system/files/2014/12/doctrina39453.pdf>
- Freire, Paulo (1970). *Pedagogía del oprimido*. Siglo XXI editores. https://brill.com/display/book/edcoll/9783657768387/B9783657768387_s061.xml
- Habermas, Jürgen (1987). *Teoría de la acción comunicativa. Accesos a la problemática de la realidad*. Versión Castellana de Manuel Jiménez. Altea. Tauros. https://pics.unison.mx/doctorado/wp-content/uploads/2020/05/Teoria-de_la_accion_comunicativa-Habermas-Jurgen.pdf
- Honneth, Axel (1997). La lucha por el reconocimiento. Por una gramática morak de los conflictos sociales. Traducción Manuel Ballesteros. Barcelona: Crítica.
- Meza, Daisy. (2014). La Transcomplejidad como opción integradora de saberes. *Comunidad y Salud*, 12(2), I-II. Recuperado en 24 de diciembre de 2025, de http://ve.scielo.org/scielo.php?script=sci_arttext&pid=S1690-32932014000200001&lng=es&tlng=es.
- Morin, Edgar (1990). *Introducción al Pensamiento Complejo*. 4ª reimpre-
sión, 2001 ed. Barcelona: Gedisa Editorial. https://cursoenlineasincostoedgarmorin.org/images/descargables/Morin_Introduccion_al_pensamiento_complejo.pdf
- Morin, Edgar (1999). Los siete saberes necesarios para la educación del futuro. UNESCO. <https://repositorio.minedu.gob.pe/handle/20.500.12799/1448>

- Nicolescu, Basarab. (2002). *Manifesto of transdisciplinarity*. suny Press. <https://ecosad.org/phocadownloadpap/otrospublicaciones/nicolescu-manifiesto.pdf>.
- Nosei, Cristina (2017). *Reseña de “Pedagogías de las diferencias” de Carlos Skliar*. Praxis educativa, 21(1), 65-67. https://www.scielo.org.ar/scielo.php?pid=S0328-97022017000100007&script=sci_arttext&tlng=es
- Tünnermann Bernheim, Carlos (2008). *Los Desafíos de la Universidad en el Siglo XXI*. Universidad Apec. <https://repositorio.unapec.edu.do/handle/123456789/445>